

Gunnar, el guardián de los libros: memoria íntima

Una evocación personal que pinta de cuerpo entero al gran custodio de la memoria histórica y cultural boliviana, en el centenario de su nacimiento.

Página Siete, jueves, 04 de septiembre de 2014



Gabriel Chávez Casazola

Escritor y periodista

"Don Gunnar le entraba a los singanis, templaba la guitarra y la tocaba como ya no se hace, como un viejo trovador o milonguero de principios de su siglo, y hasta bailaba el tango con un estilo envidiable".

Sombras nada más

La primera imagen de Gunnar Mendoza que se me viene a la mente -como seguramente les sucede a todos quienes le conocieron en los años 70 u 80- es la de un hombre de edad madura, de frente amplia y surcada por pronunciadas arrugas, cabello escaso pero ligeramente amelenado, un bigote todavía oscuro y una por entonces inusual chompa de lana con motivos andinos, a veces café y otras gris.

Con corbata lo vi sólo un par de veces, en actos en que le daban un Honoris Causa o algo

así, y con jeans creo no haberlo visto nunca -después de todo había nacido el año 1914 y uno no escapa a las señales de su generación-, aunque pienso que le hubieran sentado bien. Sin embargo, la descripción de esta primera imagen "oficial" de don Gunnar -cuyo centenario natal se celebra esta semana, el 3 de septiembre- estaría incompleta sin una "composición de lugar", pues Mendoza estaba siempre, y parecía haber estado desde siempre, sentado en el mismo lugar: una tenuemente iluminada esquina de la Sala Moreno del antiguo edificio del Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia, al que por entonces todos en Sucre se referían simplemente como "la Biblioteca".

Ese edificio estaba -y todavía está, aunque con el interior transformado para ser una biblioteca pública- ubicado en la primera cuadra de la calle España, partiendo desde la plaza principal de la Ciudad Blanca, en la llamada "Calle de los Bancos", donde funcionaba, en realidad, el banco más importante del país: el que custodiaba su memoria. Mi tío Gunnar era el guardián de esa memoria -eso me lo habían enseñado desde niño- y cuando uno entraba (al menos yo) a la Sala Moreno para visitarlo, lo hacía con cierta reverencia, como ingresando a un templo (cuando a los templos se entraba con reverencia). A esa atmósfera contribuían, sin duda, los altos volúmenes encuadernados en cuero que ocupaban toda la extensión de las paredes en altos anaqueles; un olor inconfundible y que bien podría ahora definir como el olor del pasado; pero, sobre todo, el pesado silencio que se respiraba en todo el edificio y en especial en ese largo salón que ocupaba casi toda la parte frontal del segundo piso, con varias ventanas a la calle por donde asomaba el sol entre los cortinados.

Y digo "casi toda la parte frontal" porque al lado de la esquina occidental, en la que había instalado Mendoza su escritorio, había, tras una puerta que nunca estaba abierta, un pequeño despacho originalmente destinado al director, pero que éste no ocupaba. Alguna vez, tendría yo unos diez años, me atreví a preguntarle por qué no usaba esa oficina (en la que, varios años más tarde, René Arze me prestaría un libro de Javier Marías), y me respondió acompañando sus palabras con una mirada penetrante, no severa sino más bien socarrona, como el mismo tono de su voz ese momento: -"Es que tengo que vigilar a todas éstas" (refiriéndose a las funcionarias que estaban siempre con la cabeza baja, metida entre papeles o voluminosos registros que llenaban con una caligrafía menuda, clara y presurosa). Y luego añadió: -"Éste es el panóptico".

En mi cabeza, asocié de inmediato el término a una cárcel (ya había escuchado hablar del panóptico de La Paz, en Sucre no se llamaba así al penal de San Roque), y sentí algo de piedad por esas eficientes bibliotecarias y archivistas que, de tanto en tanto, se acercaban con todo sigilo al escritorio de mi tío, que a menudo las fulminaba con una mirada terrible, sin necesidad de decir palabra alguna.

Sólo mucho tiempo después descubrí el sentido original de la palabra "panóptico", creo que en un libro de Foucault comprado en Buenos Aires, y entonces entendí que don Gunnar había querido decir que la esquina en la cual trabajaba le permitía tener un control visual completo del personal del salón, pero -ahora que lo pienso- también de las personas que buscaban libros o documentos en los ficheros de afuera (pues el escritorio del director se ubicaba frente a la amplia puerta de ingreso y al rellano); de los funcionarios -allí sí algunos varones- que trabajaban en la sala de enfrente, tras unos cristales; y, en general, de toda alma que entrara al segundo piso (ya que abajo sólo había un salón de actos y profundos depósitos).

Desde luego, algo del otro sentido de "panóptico" había también en la férrea disciplina que imprimía Mendoza a su personal, y ese rigor era, en buena medida, el que garantizaba el

perfecto funcionamiento de esa atípica, atipiquísima institución, que gracias a su director, devenido vitalicio por méritos propios, no estaba contagiada de los vicios y perezas de las demás entidades públicas. Por el contrario, y pese a las graves limitaciones económicas con que funcionó durante largos años, suplidas a menudo con aportes "a fondo perdido" del bolsillo de ese director, el Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia llegaron a convertirse -tesón de Mendoza mediante- en un paradigma continental de este tipo de "bóvedas de la memoria".

Don Gunnar era, pues, además de historiador, investigador, archivero -como le gustaba definirse- y bibliotecario, un maestro en el sentido clásico del término, de esos maestros antiguos que algunos afortunados hemos tenido todavía en la escuela o en la universidad, a los que se respeta, admira y teme al mismo tiempo.

Y era un maestro no sólo para el personal del ABNB, sino especialmente para los investigadores que allí acudían -con quienes tomaba el té y era hartamente más benévolo, aunque sin dejar de ser riguroso-, y también lo fue para todos los que formábamos parte de la familia Mendoza, algunos ya con el apellido estigmático perdido entre mujeres.

Cuando digo: "todos los que formábamos parte de la familia Mendoza", podría dar la impresión de que éramos muchos. Pero no: al menos a finales de los 70 éramos muy pocos, pues este singular linaje de intelectuales, artistas y bohemios chuquisaqueños parecía estar en peligro de extinción, ya que en lugar de extender sus ramas de generación en generación, el gran árbol se había ido reduciendo, dada la resistencia de varios tíos, tías y antepasados a reproducirse (o su mucha calma en hacerlo, o alguna fatalidad que lo había impedido), al punto que en ese momento era yo el único niño de la familia, casi un cabo de raza, un Aureliano leyendo el destino clausurado de su estirpe en los viejos libros de la Biblioteca Nacional, donde me fue revelada La divina comedia en la versión de Bartolomé Mitre ilustrada por Doré, y donde también descubrí el desnudo femenino en las portadas de Semana de Última Hora.

Afortunadamente, esa clase de curvas redentoras me hicieron desistir, a los 17, de la idea de ser célibe, que me rondaba en la primera adolescencia, y a los 28, de la idea de no ser padre, casi natural con tan malos ejemplos alrededor, y así mi rama se extendió en el tiempo con tres hojas, como en aquellos años de que hablo sucedió con las ramas de algunos tíos que finalmente se reprodujeron y le dieron nietas, primero, y luego un nieto, a Gunnar Mendoza y a su discreta esposa Flora, que pasaba los días vendiendo artesanías tras una gigante máscara orureña de diablo, cuando todavía las artesanías y la identidad no estaban de moda.